

Causaba gran ternura el verle bajar al confesonario casi ciego, arrastrando los pies y cayéndose por las escaleras y claustro.

Cuando no pudo más, confesaba á los nuestros, y aunque estaba en la cama y muy afligido de dolores, no queria confesar en ella á nadie, sino que le habian de levantar de ella á una silla casi en brazos, y allí los habia de confesar por el respeto que tenia á este Santo Sacramento.

El amor á los indios, tan propio de un ministro apostólico, fué en él más tierno que el de madre para con su único hijo; cuidando no solamente de sus almas, sino también del remedio de sus cuerpos, procurando no fuesen agraviados, y por esta causa padeció muchos trabajos; y con ser de suyo mansísimo se mostraba un leon contra los que los agraviaban; pero con tal moderacion y prudencia, que ninguno se atrevió á perderle el respeto, ántes muchos se enmendaron, y otros no osaban darle disgusto.

Por este camino estorbó muchas vejaciones y agravios de este género.

Seria nunca acabar el querer proseguir otros muchos y raros ejemplos de su vida y heróicas virtudes: y así concluyo con decir que, si se perdieran las constituciones y reglas de la Compañía, se hallaran todas en su santa vida y acciones, y nunca le vieron quebrantar regla alguna.

Siendo tal su vida, no es maravilla que fuese perseguido del demonio casi por toda ella, apareciéndosele muchas veces corporalmente, y haciéndole mil vejaciones, de que dieron testimonio el P. Juan Bautista, Visitador del Maluco y un Hermano muy siervo de Dios, llamado el H. Pablo, y otras muchas personas.

Hasta en Manila aconteció que, viviendo un Padre junto á su aposento, y acudiéndole cuando le apretaba la tos; oyéndole quejar una noche, se levantó de la cama y tocó á la puerta del aposento del siervo de Dios tres ó cuatro veces, y como no le respondiese, entró de hecho, y preguntándole la causa de no haber respondido, dijo, que entendió que el que llamaba á aquellas horas era el demonio. Con esto se confirmó este Padre en que era verdad la fama comun, de que el enemigo le perseguia visiblemente.

A esta santa vida se siguió una preciosa muerte, para la cual se habia preparado tantos años, y en particular los últimos en que se confesaba cada día dos veces, una por la mañana y otra por la tarde.

Recibió con extraordinaria devocion los Santos Sacramentos, en especial el Santísimo de la Eucaristía, y respondiendo como podia al de la Extramaucion, sin perder jamás su entero juicio: y diciéndole se encomendase á nuestra Señora, respondió: «Siempre la he pedido me ayude en esta hora,» y esto pedía en ella siempre; no parece se le caía de la boca y corazon: *María Mater gratiae, Mater misericordiae, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe.*

Con estas dulces palabras y con el dulcísimo nombre de Jesus, entregó en sus benditas manos su alma y espíritu, que para tanta gloria suya y bien de muchos habia criado, partiéndose á gozar del premio tan debido á sus gloriosos trabajos.

Fué enterrado con gran sentimiento de los nuestros y de los de fuera, que venian á venerarle como á santo, y le besaban los pies y manos, y pedian con gran instancia alguna reliquia de sus vestidos y pobres alhajas, encomendándose á él como á gran siervo de Dios, esperando por su intercesion el remedio de sus necesidades.

Su muerte fué á nueve de julio de mil y seiscientos y treinta y uno, teniendo ya setenta y cinco años, de los cuales vivió en la Compañía los cuarenta y nueve.

Su vida está escrita en las *Anuas* de las Filipinas, de donde la sacó Filippo Alegambe, en su *Biblioteca*, que dilatadamente escribe de este siervo de Dios.

P. NIEREMBERG.

P. FRANCISCO DE ENCINAS

EL P. Francisco de Encinas fué español de nacion, y natural de la ciudad de Ávila.

Parece que bebió con la leche la santidad; afianzó esta desde sus primeros años con la devocion á la Santísima Virgen, que fué tan grande, que aún en aquella edad era llamado el devoto de la Virgen: creció en esta devocion con grandes aumentos despues que fué de la Compañía, en que entró en Ávila.

Usaba, para mostrar este amor, de todos los medios piadosos que hallaba escritos. Ayunaba todos los sábados y las vigalias de sus festividades á pan y agua; para su culto hacia muchas novenas que celebraba con mucha abstinencia, prolija oracion y grande penitencia; pasaba muchas noches sin dormir, en fervorosa oracion delante de su altar; y para venerar con más exactacion sus fiestas, interrumpia el teson del estudio, por meditar más atentamente sus misterios, é inflamado con este incendio, movia á los demas al mismo amor.

Puso por escrito algunos elogios de la Virgen Santísima, que mostró serle agradables con esta maravilla. Representóse á una persona de muy señalada virtud el P. Encinas, que humilde ofrecia á la Virgen aquel su trabajo, y que esta Señora le aceptaba con afabilidad y agrado.

Acompañaba al amor de la Madre el que tenia á su Hijo, ya le amaba infante y recién nacido, ya con tiernos afectos le adoraba crucificado, pero más tendia las velas de su devocion en la veneracion del Santísimo Sacramento.

Decia Misa muy despacio, y algunas veces gastaba horas en decirla, cuando celebraba sin testigos, empleando el resto de la mañana en dar gracias.

Casi todas las noches pasaba en oracion, durmiendo solas dos horas, y estas en la tierra ó en la peana del altar. Rezaba las horas canónicas con grande atencion, y cuando no las habia podido rezar á sus tiempos por la ocupacion en las confesiones, se vió que las leia ya de noche en el templo á la luz que reverberaba de su rostro en el breviario.

Fué muy penitente, afligia su cuerpo con cilicios de hierro y de cerdas y con sangrientas disciplinas.

Habiéndole los médicos ordenado que se bañase, hacia calentar el agua con tanto exceso, que le atormentaba con su vehemente calor. Huia de las delicias en los manjares, contento con el sustento de papagios cocidos, comida vil de los indios.

Era muy afable con todos; con este agrado ganó la voluntad de los holandeses, cuando fué su prisionero.

Fué verdadero hijo de la Compañía, guardando sus reglas con toda exaccion.

Tuvo tanto celo de las almas, que duró treinta años con caridad apostólica en la institucion y enseñanza cristiana de los bisayas; penetraba descalzo por los montes y bosques, pasaba los rios, averiguaba los escondrijos, y de ellos sacaba á los indios para domesticarlos con la piedad católica.

En estas empresas ya le abrasaba el rigor del sol, ya quedaba empapado en agua con las lluvias, malos pasos y pantanos, ya padecía grandes necesidades del sustento, ya estaba destituido de las comodidades de la vida.

Este hombre tan santo fué enviado por su provincia Procurador á Roma el año de 1625, y en este viaje cayó en manos de holandeses, que le afligieron con una servidumbre muy cruel. Puesto ya en libertad, poco despues que llegó á Manila, se le llevó Dios de una enfermedad que le duró pocos días. Murió recibidos los Santos Sacramentos, entregando el alma á su Criador con muy dulces coloquios, á 11 de enero del año de 1632. Escribió este varon los *Encomios de nuestra Señora*, y la *Gramática y Confesonario* en lengua bisayense, muy útil en las Filipinas.

P. NIEREMBERG.

P. ALONSO DE HUMANES

UNA de las generosas piedras que escogió Dios para el fundamento de la provincia de Filipinas, que tanta gloria ha dado á la divina Majestad con el copiosísimo número de almas que ha sacado de la ceguedad del paganismo, que han poblado gran parte de las sillas del cielo, y con los ilustres mártires que ha dado á la Iglesia, que á costa de su sangre plantaron la fe de Cristo en aquel archipiélago, poblado de innumerables islas, fué el P. Alonso de Humanes, varon verdaderamente espiritual y santo, de vida inculpable, rara modestia, gran mansedumbre, alta oracion y muchas y admirables virtudes, de que puedo testificar como testigo de vista, por haberle tratado con envidia de su mucha santidad y admiracion de su ejemplarísima vida, y como tal le escogió Dios para piedra fundamental de aquella esclarecida provincia, la cual gobernó muchos años, y muchos más la ilustró con los ejemplos de su santa vida.

Nació este insigne varon el año de mil y quinientos y sesenta y cinco en una aldea pequeña, cerca de la villa de Belmonte, del obispado de Cuenca, en la cual tenian sus padres la mayor parte de su hacienda.

Su padre se llamó Pedro de Humanes, noble hidalgo de Vizcaya; su madre Ana Perez, de lo más principal y acendrado de la rica villa de Colmenar de Oreja, cabeza de su estado, en el arzobispado de Toledo.

Desde niño dió muestras de haberle escogido la divina mano para santo, en la compostura y modestia de sus acciones, en la blandura de su natural, en la obediencia á sus padres y en la inclinacion que tenia en aquella edad pueril á todas las cosas de virtud.

En teniendo edad le enviaron sus padres á la villa de Ocaña á estudiar latinidad en los estudios de la Compañía, adonde no aprovechó ménos en la virtud, que en las letras, esmerándose en la devocion con el trato de nuestros religiosos, á quien miró siempre con amor de hijo á sus padres.

De Ocaña pasó á la Universidad de Alcalá, adonde estudió las Artes y la Teología de los dos insignes maestros, los PP. Francisco Suarez y Gabriel Vazquez, que á la sazón leían juntos en nuestro colegio, el primero la cátedra de Prima, y el segundo la de Visperas; si bien ambos eran primos en la sabiduría y los dos soles, que ilustraron con su admirable doctrina la religion de la Compañía, y dieron nuevo realce á la sagrada Teología en todo el mundo.